



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Serenos. Dres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 17 de Julio de 1864.

NÚM. 34.

#### SUMARIO.

Revista de Valencia, por D. Gerónimo Flores. — Recuerdos históricos: el 16 de Julio, por Don Antonio Verdes Montenegro. — ¿Qué es la poesía? por D. Narciso Campillo. — Reflexiones, por Don P. M. Yago. — Monasterio de la Murta. — Palacio del emperador de Siam. — Respuesta á una carta de Jacinto Labaila (poesía), por D. Teodoro Llorente. — El ciego de los Valles: Novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz, (continuación).

**Láminas.** Vista del convento de la Murta, en Alcira, tomado por la parte del Norte (Valencia). — Vista del mismo, tomada por la parte del Mediodía. — Palacio del emperador de Siam.

#### REVISTA DE VALENCIA.



stamos en plena posesion de los placeres que proporciona esta calurosa estación.

Un baño termal continuo parece ser en el que estamos sumergidos.

¿Dónde están aquellos felices tiempos en que una taza de aromático café y unos cuantos leños daban á nuestros cuerpos los grados de calor indispensables?

¿Dónde los prosáicos braseros de algunas modestas viviendas, alrededor de los cuales se improvisaban cuentos y chascarrillos?

Parece veamos elevarse el termómetro al-

gunos grados mas desde que sin saber por qué, nuestra imaginacion se ha visto rodeada de tantos caloríferos.

Preciso será buscar mejor ambiente en las estropeadas calles del Cañamelar, aunque no sea mas que á las horas en que Febo se despidió de nosotros.

Ligeros muebles de junco se ven á la parte exterior de las alquerías y elegantes jóvenes se mecen suavemente en las butacas, ondeando de vez en cuando sus pañuelos en persecucion de los impertinentes mosquitos, plaga la mas temible de todas las que son características de la temporada cabañelesca.

Enumerar las otras mil que se conocen y que con la mayor facilidad podrian exterminarse, seria trabajo prolijo, pero esto no obstante no queremos dejar de dar al público conocimiento de una de ellas, por si fuere posible cortarla.

Aludimos á la multitud de pordioseros que invaden hasta el interior de las alquerías, dando algunos de ellos contestaciones nada edificantes, y que por si solas quitan el buen deseo de socorrer la miseria. Si á esto añadimos los infantiles rapazuuelos que ponen en continuo peligro las cabezas de los pacíficos transeúntes, convendremos una vez mas en que es de todo punto imprescindible que las autoridades tomen una enérgica medida.

Muchas son las familias que hoy vemos entregadas á la pacífica vida con que les brinda aquellos lugares.

Escasas las distracciones de que pueden disfrutar, si bien en lontananza parece verse un astro precursor que augura grandes novedades.

Una es la que actualmente preocupa y sobre la que se hacen muchos comentarios.

El eco parece repetir por todos los ámbitos el nombre de Dombon.

Su colosal proyecto parece tener un próximo y feliz desenlace.

Colon surcó la inmensa estension de los mares y en la furia de la tempestad todos desmayaron y la nave parecia sumergirse.

Colon confiado en sus altos destinos desprecia el horror de la profunda noche y gobernó la nave.

La proa tocó en las costas del nuevo mundo, al grito de ¡tierra! ¡tierra!

¿Quién nos dice que roto el espeso velo que hoy cubre el colosal proyecto de la navegación aérea, no veamos alzarse una voz profética que indique haber resuelto este gran problema?

Cercano está el dia en que podamos de una vez salir de la duda que hoy predomina los ánimos.

Dombon está terminando su famoso pájaro; y pronto, muy pronto remontándose á las regiones aéreas, nos dejará á todos con un palmo de narices, mientras él se proclamará *almirante de los aires*.

Interin se realiza, sigamos entreteniéndonos con los chistosos comentarios á que dá lugar el tan esperado ensayo.

Dejemos seguir el curso de los acontecimientos humanos, y penetremos en el templo de la religion, donde con gran pompa se celebran las honras fúnebres por el eterno descanso del alma del gran maestro compositor D. Pascual Perez y Gascon.

La Sociedad Artístico-Musical ha conseguido dar á este acto todo el esplendor posible, mereciendo de toda la prensa los mas justos elogios, no solo por el feliz pensamiento, sino por la esmerada ejecucion que ha existido por parte de cuantos la han tomado en estas honras.

Vemos con especial satisfaccion el incremento que toma esta Sociedad, y que á ella



se han unido cuantas personas dignas de una reputación artística existen en Valencia, y otras muchas que conservan especial afición á la música.

Sigamos dando el mayor brillo posible al pomposo panegirico que diariamente hacemos de este siglo positivista y siguiendo su corriente, abandonemos la capital para buscar en nuestras risueñas playas esas bellas jóvenes que antes cruzaban la Alameda exhibiéndose por entre los cristales de las vetustas tartanas, y hoy las vemos lucir sus galas en el paseo del Contramuelle, ínterin llega la época de ocupar los palcos de la plaza, deseosas de ello, no por el espectáculo, sino por el motivo de dar una novedad mas á sus elegantes figuras con los caprichosos trages que en tal época se improvisan.

Embebidos en contemplarlas logran ver en torno suyo una corte como la tienen los reyes al rededor de su trono.

GERÓNIMO FLORES.

## RECUERDOS HISTÓRICOS.

El 16 de Julio.

Corría el año 1210. Alonso VIII, Rey de Castilla, deseaba vivamente vengar el insulto é infamia que las armas cristianas sufrieron años pasados en la desastrosa jornada de Alarcos. Al intento, no perdonaba medio alguno, y hasta hacia el sacrificio de su propia dignidad en aras de su justísimo deseo. Castilla entonces se dividía casi en tantos bandos como ambiciones mas ó menos justificadas se levantaban al rededor del trono entre los nobles de la época, y España misma estaba gobernada respectivamente por los Reyes Don Pedro de Aragon, D. Sancho de Navarra y D. Alonso de Leon, sin contar la gran porción de tierra, inclusa la Andalucía, que los sectarios del Profeta, con su Rey Mahomad, llamado el Verde, retenían en su poder en mengua del nombre cristiano y de las armas castellanas. Las disidencias entre los Reyes mencionados, esceptuando el moro en quien todos veían su mas encarnizado y comun enemigo, eran grandes, y los cuidados de las guerras intestinas absorbían su atención, é impedían que estas fuerzas coaligadas pudiesen presentarse frente á frente á las hordas de los hijos del Africa. A la mediación y valimiento del buen Rey de Castilla se debieron las paces que entre sí ajustaron, por fin, los de Aragon, Navarra y Leon, ofreciéndose entonces todos y cada uno de por sí á coadyuvar al mejor éxito de tan santa empresa, reunir al efecto sus gentes y conducir las por sí mismos á la guerra con los moros, deseosos tambien de vengar con las armas la funesta derrota de Alarcos.

Desde entonces, grande fue el empeño y decision con que todos se aprestaban á contribuir á tan laudable objeto, y mientras que en la ciudad imperial se celebraban Cortes generales, se acordaban los gastos de la guerra y se mandaba que en todo el Reino se hiciesen rogativas públicas y solemnes para que el favor de Dios coronase tantos esfuerzos, D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, por mandado de su Rey alcanzaba del mismo Pontífice Inocencio III gracias é indulgencia, para todos los que, conforme á la costumbre de aquellos tiempos, tomada la señal de la Cruz, acudiesen á sus espensas á la guerra contra los infieles. El mismo D. Rodrigo y todos los demás grandes de Castilla, olvidados de sus resentimientos, se apercebían igualmente con armas, caballos, dinero y vituallas. Y en este estado ya, hechas las paces entre los príncipes y señores, y concertadas tambien todas las demás cosas para la empresa, juntáronse por fin en Toledo á principios de 1212 tanto nú-

mero de gentes, y entre ellas hasta legiones extranjeras, que tuvieron necesidad de acampar la mayor parte en los lugares cercanos y en las riberas del Tajo.

Reunidos que fueron todos partieron de Toledo á 21 de Junio. Regía la vanguardia D. Diego de Haro, compuesta de los soldados de las naciones extranjeras: mandaba el centro el Rey de Aragon; y el resto contaba por caudillo al mismo Rey de Castilla D. Alonso. Al tercer día de marcha entraron en tierra de moros. Tomaron Malagon, Calatrava, Salva-tierra y otros lugares, hasta que llegados al puerto de Losa y vista su aspereza y considerando seria inaccesible, hicieron alto: reunióse junta de Capitanes para acordar en semejante caso lo que se habia de hacer. Hubo varios y encontrados pareceres. Unos, los menos, fundados en las circunstancias, eran de opinión volver atrás: aquellos retroceder si, pero dando la vuelta por otros caminos, caer de improviso sobre Andalucía y burlar de este modo la vigilancia de los moros; y otros por el contrario sostenían con ánimo esforzado, que retroceder á la vista del enemigo era cubrirse de oprobio, mientras que avanzar, sin temor á la fragosidad del terreno, ni á la muchedumbre de los infieles, era coronarse de gloria por mas que la fortuna les fuese contraria al librarse la batalla. Prevalció por último este parecer sostenido y secundado por el Rey de Castilla D. Alonso, y acordado así, se disponían á ejecutarlo cuando entre los reales empezó á mostrarse el desaliento, augurando mal del éxito de la empresa: cundió el miedo en el campo: perdidas las esperanzas desertaban los soldados de sus banderas, y en conflicto tan premioso, cuenta la crónica que un pastor de aquellas serranías, acercándose á los reales, prometió á los Reyes conducir por sendas ignoradas y solo por él conocidas, sano y salvo al ejército á lo mas alto de aquellas fragosidades. Despues de alguna duda, fiaron en su promesa, la que cumplió exactamente guiando á los Reyes y al ejército, hasta dejarlo en un llano espacioso, frente á frente al campamento moro, que admirado y confuso, no esperaba ciertamente verse atacado de improviso por el ejército cristiano.

No bien situaron sus reales las tropas de Castilla, cuando ya el moro impaciente quiso librar la batalla. Los fieles entonces la esquivaron, cansados como estaban del trabajo de tan largo y áspero camino: al día siguiente 15 de Julio volvió el moro á presentar la batalla: volvieron los nuestros á rehusarla, y fue tal la alegría del bárbaro, achacando á cobardía, lo que solo era prevision, que llevó su audacia al extremo de despachar embajadores á las naciones estrañas adictas á su causa, prometiendo en nombre de Alá, que antes de tres soles tendria en su poder á los Reyes coaligados, cuyo ejército estaba por los suyos casi cercado y prisionero.

No dormían en tanto las armas castellanas, y al albor del día, 16 de Julio de 1212, ambos bandos presentaron sus huestes á la batalla. Por una y otra parte se arengaron las tropas: enardeció el entusiasmo á los combatientes, y dada la señal del combate se arrojaron con ímpetu á la pelea. El escuadron del centro mandado por D. Gonzalo Nuñez y con él los caballeros templarios fueron los primeros á acometer: siguieron luego los navarros y aragoneses. Por todas partes se peleaba con denuedo y valentía. La victoria estuvo por largo tiempo indecisa. De repente los nuestros parecen cejar y retroceder: el Rey de Castilla, movido del peligro y de la afrenta, iba ya á meterse espada en mano, en lo mas recio del combate, si el Arzobispo D. Rodrigo no le detuviera haciéndole ver su temeridad. Adelantáronse entonces, y ya como el último recurso, las tropas de reserva, y con este refuerzo se mejoró visible-

mente la pelea. Retrocedieron algun tanto los escuadrones moros: rehiciéronse de nuevo: tomaron con mas ferocidad á la lucha, hasta que por fin cercana la noche, cansados, diezmados y corridos, no pudiendo soportar el empuje y bravura de los nuestros, los que no buscaron en la fuga su salvacion, rindiéronse por último á las armas castellanas.

Tal fue la para siempre gloriosa y memorable batalla de las Navas de Tolosa, una de las páginas mas ilustres de nuestra historia. Mas de cien mil moros quedaron en el campo de batalla, mientras que segun afirma el Arzobispo D. Rodrigo, fue infinitamente mucho menor el número de los cristianos que perecieron, sin que por eso se viese en todo el campo rastro alguno de sangre. Añaden tambien algunos escritores que en aquel día se vió dibujada en el cielo la señal de la Cruz y otros aseguran que Pascual, canónigo de Toledo, atravesó por dos veces los escuadrones de los enemigos, sin sentir daño alguno, á pesar de las saetas que le tiraban y que quedaron hincadas en el asta de la Cruz que llevaba en la mano.

En memoria de tan brillante suceso el Rey de Navarra, al escudo bermejo de sus antepasados, añadió por orla unas cadenas y en medio del escudo una esmeralda, como indicando ser el primero que rompió las cadenas con que los infieles tenían fortificado los reales de su Rey, y D. Alonso de Castilla, vuelto á Toledo, coronado de gloria, ordenó tambien que victoria tan señalada se celebrase perpétuamente en su Reino el mismo día 16 de Julio de cada año, siendo esta fiesta de guardar, y bajo la advocacion del triunfo de la Santa Cruz.

ANTONIO VERDES MONTENEGRO.

## ¿QUE ES LA POESIA?

Hay horas de melancolía, de suave encanto y divino éxtasis, en que nos alzamos del lodo de la tierra á tan grande distancia, como existe entre lo limitado y lo infinito; entre lo perecedero y lo inmortal. Entonces pasa la naturaleza ante nuestros ojos como un rápido meteoro, halaga nuestro corazon una desconocida armonía, un espíritu vividor parece que llena el vacío inmenso que sentimos: el alma se eleva á regiones llenas de luz, donde todo resplandece y nada es mezquino: donde la duda jamás infestó el aire con ponzoñoso aliento: se eleva, y suspira de júbilo viéndose inmediata á su Creador. Deja el hombre de ser hombre para convertirse en ángel; porque estas emociones generosas son las aguas del Jordan que le purifican y limpian del fango de la tierra: el bálsamo saludable que cicatriza sus llagas. Para pintar estas horas sublimes, quisiera ser uno de aquellos génius que poseen el sello de la inmortalidad y lo graban sobre sus escritos. En estas horas, el poeta conoce que lo es, siente la fecunda llama de la inspiracion, ve mil héroes levantarse del polvo de las tumbas, mira cual cruzan magestuosamente ante su vista las generaciones que fueron y las que serán, contempla el sueño de lo pasado, y viendo sin tinieblas lo futuro, y vestido con las galas de su númen cuanto encierra la creacion, oye entusiasmado el himno que suena en lo mas profundo de su pecho y le aclama por poeta.

¡Poeta! esta palabra vacía de sentido para unos, mal comprendida por otros, que suena indiferente como las gotas de lluvia para la multitud; pero que algunas almas sensibles saben elevar á su verdadera altura, es la que encierra mas ideas despues de la que sirve para nombrar á la divinidad; porque el vate es su vivísimo reflejo y el sér destinado á cantar sus maravillas y grandeza. Su arpa sonora trina con las aves, murmura con el arro-



yo, hierve como el piélago, retumba como el rayo y los torrentes, silba como los vientos, exhala el suspiro de la virgen, los ayes del moribundo: imita la gritería de los vencedores, el fúnebre clamor de los vencidos, el estruendo de la vida y el silencio de las tumbas: es melancólica como la noche, alegre como las alboradas de primavera: ríe y llora, se lamenta y canta, contempla lo presente, recoge cual tributos los recuerdos de lo pasado, y trata de lo porvenir como si fuera pasado también: nada le acobarda ni detiene; que está henchida de fuego, y este fuego es el tesoro de su existencia.

Estudia el vate, y su libro es la creación; su consejero, su alma: modula sus tonos por los tonos sublimes de la naturaleza, y canta porque ha nacido para cantar, como los ríos para fecundar los campos, y las horas para anunciarnos nuestra muerte.

En la lucha encarnizada y perenne de la materia con el espíritu, ¿será que pueda éste quedar vencido, y extinguirse lentamente sin encontrar ecos amigos, los himnos y las armonías del arpa de los vates? ¿Pudiera la poesía dar el último suspiro? No, la poesía lo abraza todo, no tiene límites, y lo que es ilimitado es inmortal? ¿Que es la poesía?... No la profanaré con frases inútiles por el vano empeño de explicar su esencia: hay sentimientos que experimenta el corazón y no dicen ni el lábio ni la pluma; porque en él se guardan como en un Santuario, y fuera de él los mira mezquinas imágenes de un original perfecto, y oscuras sombras de un sol claro y brillante. Por sus efectos podreis conocerla, como se conoce al ruiseñor por su canto y á la rosa de Iren por sus perfumes.

Viéronla resplandecer los profetas del antiguo pueblo hebreo en los asombrosos milagros de Jehová, en la caída del primer hombre, en el diluvio, en los mares abiertos y tranquilos, en los profundos murmurios del Líbano, en la inmensidad de los desiertos y en los errantes adueros bajo las sombras de las palmeras. Viéronla y la trasladaron á sus cantos: con estro varonil ensalzaron tantas maravillas ante las tribus de Israel: cada portento es un poema: cada poema una gigantesca columna levantada para admiración de las generaciones. Los profetas son los líricos primitivos del mundo: sus himnos los mas inspirados.

Viéronla también los griegos: no vestida de esa pompa colosal, ni ornada con el ostentoso manto de los reyes orientales; sino desnuda y mostrando su belleza, émula de la aurora: pintáronla descuidando la parte espiritual, y elevando las formas á una perfección desconocida: describen las cosas mil veces mejor que las pasiones de los hombres: vense volar los carros: oyense los ejes cual rechinan: silban las saetas: los ayes de los moribundos hieren los oídos y aterran los ánimos; todo se ve como de presente: derrúmbanse los muros y templos de Troya, cual los describe el génio vigoroso de Homero, y la vista se ciega con el polvo y los fulgores de las armas; pero en cambio de tanta maestría y tan prodigiosa representación de los objetos materiales, vemos á los dioses lidiando con los hombres, y á veces abatidos por éstos, y ya no son dioses: vemos cuál se lamenta y grita el guerrero Marte, herido por la lanza de Diomedes, y ya no es la divinidad de las batallas, sino un cobarde soldado, mas débil que su dolor, exhalando inútiles ayes. El cielo puro de la Grecia, los jardines que como un manto de verdura cubrían aquel dichoso suelo, las costumbres, y la religión, mas inclinada á las prácticas que al dogma, produjeron los poemas de Homero, Píndaro, Safo, Anacreonte, Sófocles y Eurípides. Y no hablo de los romanos, porque siguieron servilmente el mismo rumbo, aunque modificado algun tanto por el carácter mas severo que distingue á este pueblo.

¿En qué fuentes bebieron la inspiración los bardos y trovadores de la edad media?... El gigante del politeísmo habia espirado trastornando el orbe con las últimas convulsiones de su agonía; la tierra, desgraciada con los vicios de una civilización bárbara, se encontraba sin vigor para que en ella se alzara el árbol de la fé, copioso manantial de la poesía y la inspiración: disolutas las costumbres, enervados los ánimos, como los cuerpos, hechas un caos impenetrable y oscuro las ideas, devorándose mutuamente los hombres; con sangre miseria y esclavitud cual recuerdos de lo pasado, sin dicha en lo presente ni esperanza para lo venidero, ya podía divisarse, y no muy lejos, la mano de la muerte que señalaba la humanidad por su víctima y el mundo como asiento de su trono. ¿Qué aurora bastante clara podría disipar tantas tinieblas? ¿Qué venero de aguas cristalinas purificar las sociedades? ¿Y qué brazo detenerlas en los bordes temibles de un precipicio, cuyo fondo es el polvo de la nada? Solo el cristianismo. El produce una poesía virgen y llena de vida, inspirada, original, retrato de una época de creencias y de entusiasmos: esta época es la edad media, caracterizada por el valor y las gigantesca empresas, por la fé religiosa y por todas las pasiones llevadas al extremo. En ella, al lado de virtudes singulares, vemos con dolor grandes crímenes: el fanatismo y el ateísmo juntos: la cruz en lid abierta con la media luna, la ciencia con la ignorancia, y el mundo antiguo con el mundo que nacia. Esta edad brota de su seno trovadores y bardos, porque necesariamente las magnánimas empresas han de encontrar quien las trasmita á los venideros siglos para ejemplo de las generaciones; pero estos trovadores y bardos, representación de la poesía popular, única poesía, pues la erudita era solo un pálido reflejo de la griega y la romana, luchaban por sacar tonos vibrantes de una lira de hierro; y sus cantos rudos y toscos, no sujetos á meditación ni regla, bastaban para escitar el entusiasmo y recordar acciones heroicas que eran su fin. En ellos se nos presenta la poesía vaga y fantástica, ya guerrera, ya melancólica y agreste: lanza los sonos de la trompa de batalla, los de la campana de la ermita, y de las misteriosas brisas de la tarde. Pinta el templo gótico, el rastrillo del torreón, las elevadas almenas, la naturaleza severa y fuerte: todo es varonil y conduce el espíritu á profundas meditaciones y aparte de él cuanto es mezquino y no tiene alas de fuego para llevarlo á las regiones de lo sublime. Creo muy bien que los trovadores de esta edad no fatigarían su imaginación buscando adornos y colores con que engalanar y revestir los hechos que ensalzan; ¿qué mas adornos, qué mas colores, galas ni riqueza, que los que estos mismos hechos arrojan de sí, cuando se juntan para realzarlos y darles mas valor la religión y las costumbres?

En nuestro siglo, indiferente á todo entusiasmo generoso, los corazones que huyendo del materialismo, triunfante donde quiera, buscan el bálsamo de sus heridas y sus sueños de virtud y grandeza en la poesía, álzanse á encontrarla en la religión ó en las tradiciones, que son su refugio. Ignoro qué sociedades necesitan mas de esta hija del cielo; si las primitivas é incultas, ó las muy civilizadas y corrompidas. Parece que ambas igualmente. Las unas porque en ella está toda su ciencia; las otras porque recuerdan los que fueron y hallan un lenitivo para sus males.

Me preguntareis ahora qué es la poesía? Interrogad á la historia, esa antorcha de los tiempos, y os mostrará claramente que poesía es todo lo sublime, virtuoso y bello, que se eleva del polvo y vuela al seno de su Creador.

NARCISO CAMPILLO.

## REFLEXIONES.

Reflexionemos.

Yo he prometido un artículo al presente número del *Museo* en la persona de su director; pero no tengo á la mano, como quien dice á la pluma, asunto sobre que escribirlo.

Entre tanto que se me quiere ocurrir algo sobre qué hablar á los lectores del *Museo*, vamos á perder el tiempo, como he dicho al principio.

Al llegar aquí el lector sostiene que yo no he dicho tal cosa; yo afirmo lo contrario.

Antes de acalorarnos en una disputa y concluir por enemistarnos, permítame el lector continuar por breves momentos en el uso de mi reflexión.

Dá, pero escucha.

Segun lo que se desprende de todo lo que han dicho los ideólogos, reflexionar es lo mismo que pensar dos veces.

El pensamiento nunca está ocioso.

Calcúlese, pues, cuánto mas pensará un hombre irreflexivo que otro que reflexione.

Una idea nada gana con ser doble.

La mitad, pues, del tiempo de los que reflexionan, se pierde.

Es decir, que reflexionar es una manera como cualquiera otra, de perder el tiempo.

Por esta razón he dicho al principio, *reflexionemos*, en lugar de decir, *vamos á perder el tiempo*.

Reflexionar es entrar dentro de sí mismo y observarse.

Alguien hace una buena acción, piensa que la hace y *se envanece*: esto es *reflexionar*.

Un hombre buen mozo piensa que lo es y *se engríe*: esto es una reflexión.

Síntesis: para ser tonto no basta á un hombre ser bonito, ni que le digan que es un sábio; es preciso además reflexionar sobre ello.

La reflexión es además un síntoma de escepticismo.

Únicamente un incrédulo á macha-martillo dirá, *«cógilo, ergo sum.»*

Un creyente supone todo lo que es de sentido común suponer, sin que le cueste hacer para ello un silogismo.

Todavía no se nos ha ocurrido nada para escribir un artículo, ni nos sentimos con fuerzas para ello.

Prosigamos.

La reflexión es un magnífico pretexto para la pereza: como que no hay otro acto que mas se parezca á la inacción.

Todos los perezosos son eminentemente reflexivos.

No reflexionar es hacer camino: reflexionar es pararse.

No reflexionar es no detenerse en nada, cruzar la vida en ferro-carril.

Reflexionar sobre todas las cosas es hacer el viaje de la vida á pié, viendo de cerca cuanto de desagradable hay en ella.

En el primer caso la vida es un viaje al vapor.

En el segundo es una marcha lenta.

Por eso los hombres irreflexivos corren mas en menos tiempo.

Generalmente llegan mas pronto á su objeto.

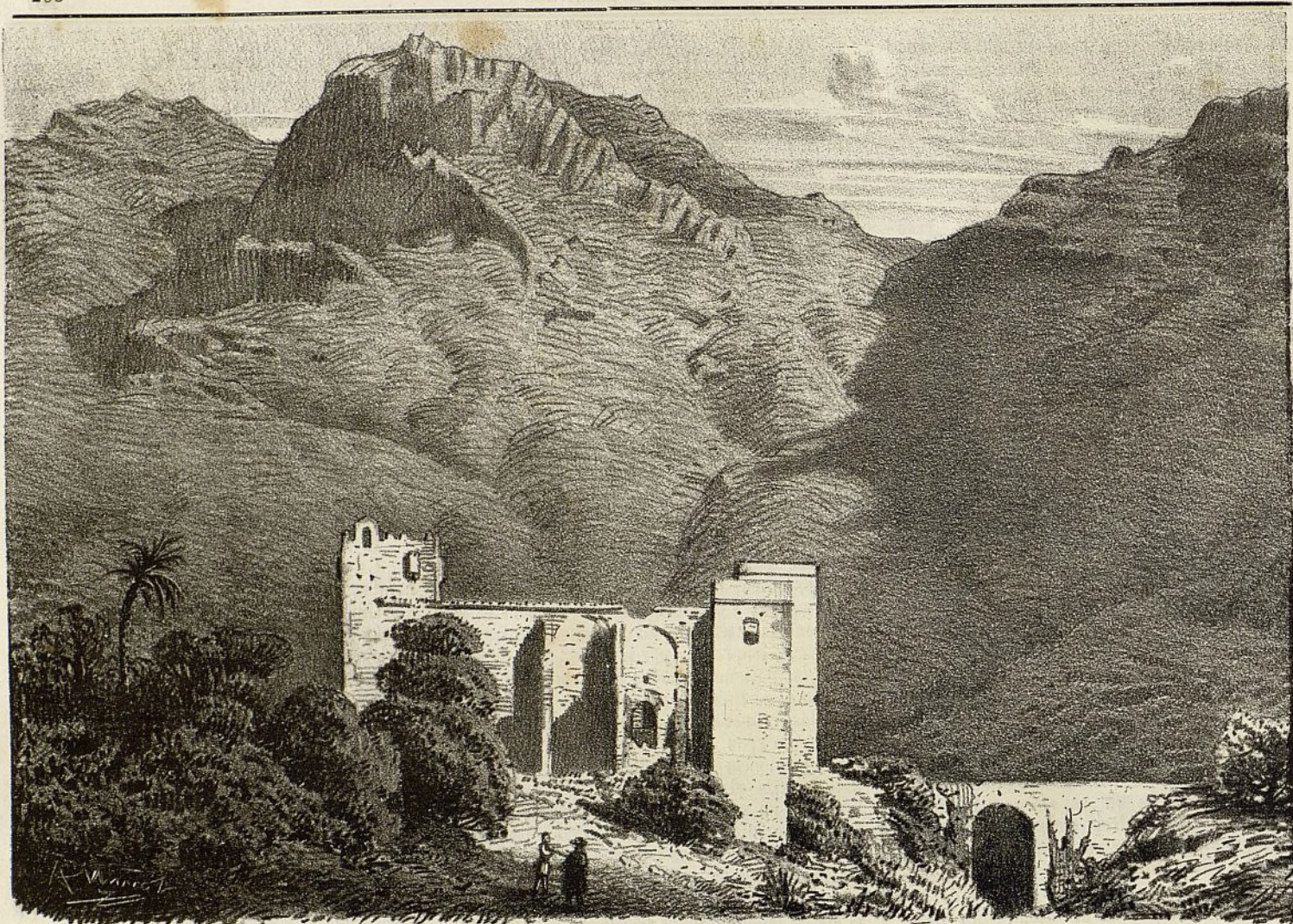
La reflexión es una enemiga de la alegría. Ambas no caben juntas.

Mis lectores alguna vez habrán sido felices, y lo habrán experimentado: los placeres nunca dejan lugar á la reflexión.

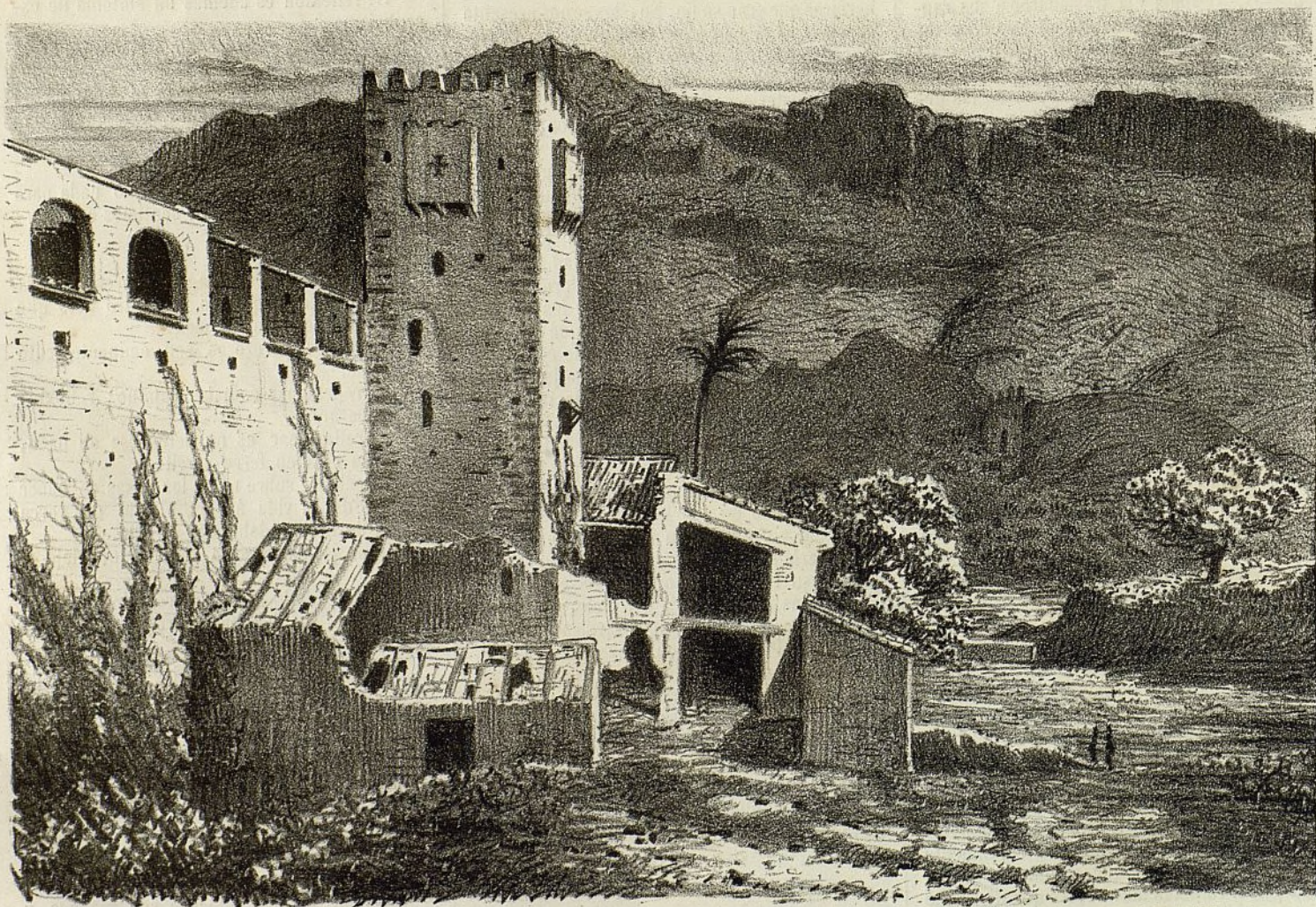
Esta siempre viene con los desengaños.

Si todo lo que antecede son razones y prueban algo á las anteriores razones, debe-





Vista del convento de la Murta, en Alcira, tomada por la parte del Norte (Valencia).



Vista del mismo, tomada por la parte del Mediodía.

LIT. V. ALEGRE



mos añadir una, que en la actualidad es sumamente atendible.

Estamos en Julio, como quien dice, en la liquidación del año.

Reflexionar, según el vulgo, es calentarse la cabeza.

No reflexionemos.

P. M. YAGO.

#### MONASTERIO DE LA MURTA.

Poco mas de una legua al S. E. de la villa de Alcira, y al principio de la estensa llanura de tierras arrozales que tiene por límites al N. el río Júcar, por el E. los arenales de Cullera y camino de Gandía, y por el S. la cadena de montes que comienza en Corbera, internándonos en éstos encontramos el her-

moso valle conocido generalmente con el título de Miracles, y por corrupción Miralles, en cuyo centro se eleva todavía, aunque algo deteriorado, el monasterio de nuestra Señora de la Murta. Es un sitio muy ameno y el mas á propósito para la meditación y vida contemplativa, por cuyo motivo, sin duda alguna, se fijaron en él á fines del siglo XIII varios ermitaños del orden de San Gerónimo, construyendo algunas ermitas, dedicada la principal de ellas á nuestra Señora. Continuaron en esta vida eremítica hasta que en 1357 por donación de un hidalgo de Alcira llamado Arnaldo Serra, hecha á Fr. Pedro Barrera, ermitaño, y á sus compañeros, y con permiso del rey de Aragón D. Pedro IV, el Ceremonioso, fundaron dicho monasterio en el mismo sitio que ocupaba la ermita de nuestra Señora, por cuyo motivo le dieron este título.

#### PALACIO DEL EMPERADOR DE SIAM.

Hoy reproducimos el grabado que dá razón de la vista exterior de una residencia régia del Rey de Siam en Bang-Kok. Hemos dicho dar razón; pero ¿quién será capaz de darla de una tan rara construcción, en la que no se distingue ni un solo miembro que tenga la menor analogía con nuestras ideas respecto á lo bello y á lo útil? ¿Qué significan esas volutas inversas, mejor dicho, esos ganchos que adornan lo que podría llamarse peristilo? ¿Esas hoces, tal vez representación de llamas, que campean en los ángulos del tejado? ¿Qué proporción, qué armonía resulta de esa confusa amalgama de cuadrados, de triángulos, de curvas? En los antiguos monumentos mejicanos, en las informes piedras que en algún tiempo fueron monumento druidico, en las



PALACIO DEL EMPERADOR DE SIAM. (De una fotografía).

construcciones de los pueblos que mas á retaguardia han marchado del progreso universal, hay por lo menos un carácter de ruda gravedad que dá espresion á la obra; solo en esos monumentos del Asia parece no revelarse otra cosa que el sueño de la esclavitud y los delirios del ópio.

#### RESPUESTA Á UNA CARTA

DE

JACINTO LABAILA.

A detener, poeta, en ese cielo  
Que disfrutar yo sé, pintar tú sabes,  
De mi imaginación el manso vuelo,

Tristes vinieron tus sollozos graves,  
Como de viento ráfaga bravía  
Que las alas contrasta de las aves.

Y pensé y dije en mí: ¿Será qué impía  
La suerte de la dicha desherede  
Al alma á quien legó la poesía?

¿La cerviz que el vulgar nivel escude  
Siempre el rayo herirá? ¿No la ventura  
Con el genio en un alma caber puede?

¡Siempre, siempre hay un fondo de amargura  
En el gran corazón; en la alta frente  
Sinistra nube el infortunio augura!

En los ojos de Dante eternamente  
So el severo entrecejo brillar mira  
La luz fatal que iluminó su mente.

En el sereno númen que le inspira  
Vago un deseo inmenso desazona  
Al buen Petrarca; y al cantar suspira.

Porque el genio de espinas los corona,  
Tiende Jacobo la mirada inquieta,  
Brilla la risa de Voltaire burlona.

Mira de nuestra edad al gran poeta  
Presa de la inconstancia y del hastío,  
Huir, siempre en la llaga la saeta.

Ora surcando audáz el mar bravío;  
Ora en trémula góndola italiana  
Su corazón desalentado y frío

Sobre el regazo de beldad liviana  
Encendiendo al amor; ora sublime  
Entre un heroico pueblo que inhumana

La servidumbre aborrecida oprime,  
Volando á combatir cual los valientes,  
A morir cual los mártires. ¡Oh! dime,

Dime, poeta: ¿no es verdad que sientes  
Que se doblega tu cabeza al peso  
Que inclina al par todas las nobles frentes?

Como tu ansioso corazón, opreso  
Por inmenso anhelar, lo envidia todo,  
Hoy del amor me has envidiado el beso.

De llenar el vacío no hallas modo  
De tu espíritu audáz, y andas dudando  
Como su senda á tientas sigue el beodo.

¿Por qué, pues, anhelar mi suerte? Aun cuando  
Tu frente enardecida de una amante  
En paz reclines sobre el seno blando,

¿Juzgas que de esa fiebre delirante  
Ha de extinguirse el insaciable fuego?  
Calmada tu inquietud rápido instante,

Te cansará tu plácido sosiego,  
Y luego sonarás ¡ay! otros goces  
Y mentida tu dicha hallarás luego.

Del mundo y sus sirenas no las voces  
Son esas voces que escuchaste atento  
Cuyo oculto sentido desconoces.



Ave de paso, cruza el firmamento  
Sin mirar á los valles do mi nido  
Entre las ramas guarecí del viento.

Los que á la dulce paz hemos nacido  
De la fe y el amor, la grata sombra  
Buscamos, ignorados, del olvido.

Los que un númen fatal sus hijos nombra  
A la region de luz tienden sus alas,  
Y á la tormenta su arrogancia asombra.

¿Por qué, cual mansa tórtola, resbalas  
Sobre mi humilde y plácida floresta,  
Aguila, y te complaces en sus galas?

El noble pecho á la borrasca apresta  
Y á los picachos vuela do combate  
Incansable huracan la cumbre enhiesta.

¡Ay! la felicidad al alma abate;  
Del infortunio en la fatal corriente  
El cielo temple el corazon del vate.

Canta y solloza, pues, canta: mi frente  
El beso del amor, no la diadema  
De la opresora inspiracion consiente.

La estéril lava que tus sienes quema  
Los dulces lábios de mi tierna amante  
Tal vez emponzoñara. ¡Oh paz suprema!

¡Oh sombra halagadora! que yo os cante  
Propicios consentid, sin que atrevida  
Sobre el mundo y su voz mi voz levante.

Seré una voz que se oye y que se olvida;  
Poeta no seré. ¡Llamas poeta  
Al aura que jugando interrumpida

Vibra en las ramas música incompleta?  
¿Son poetas la fuente que murmura,  
El ave que trinando salta inquieta?

Como todo animado en la espesura  
Toma una voz de místico embeleso,  
De esta existencia yo en la selva oscura

La voz tomé del corazon que opreso  
Por inefable amor, eterno suspira  
El murmurio feliz de eterno beso.

Oyes un alma, no oyes una lira  
Si mis versos escuchas. A otra parte  
Vuelve los ojos; á otra gloria aspira.

¿No ves, girones hecho, el estandarte.  
Vacilante guerrero? Empuñe el asta  
Tu mano fiel y á la batalla parte.

La libertad, el númen entusiasta  
De la gloria, la ciencia pensadora,  
La fe velada por su sombra casta,

La plegaria que humilde al cielo implora.  
Esa felicidad que el mundo espera,  
Ese escondido bien que el mundo adora,

En vaga perspectiva lisongera  
Se despliega á tu espíritu. En tu pecho  
Santa y solemne voz retumba austera.

¿Y del placer en el recinto estrecho  
Quieres gozar la apetecida calma  
De frescas rosas sobre blando lecho?

El crisol del dolor espera tu alma:  
Escala audáz la peligrosa sierra  
Do crece en rocas ásperas la palma.

Si las duras espinas de la tierra  
Hieren tu pié, no dudes, oh soldado,  
Avanza, oh vate, avanza: siempre encierra  
Un alma grande el corazon llagado.

TEODORO LLORENTE.

1860.

## EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

Al oír esta pregunta, el marqués trató de sostener con firmeza la penetrante mirada que su acusador le dirigía; mas no siéndole posible conseguir su objeto, dobló su frente pálida y abatida. El joven se sonrió con desprecio anudando así su narracion.

Nosotros seguimos, seguimos caminando y haciendo preguntas á todo el mundo. En nin-

gun pueblo nos dieron razon y ya comenzaba yo á sentir el frío que se apodera de nuestro sér siempre que estamos al borde de una gran desgracia ó de un peligro inminente, cuando llegamos á un pueblo pequeño de Francia en el cual comencé á recibir noticias de mi padre que en nada lograron atenuar mis legítimos temores. Mi padre habia estado en aquel pueblo, se habia detenido allí por hallarse un poco indispuerto, y allí, en fin, habia tenido la abnegacion de quedarse solo por enviarme á su criado. Hacia dos dias que se habia puesto en camino con dos españoles que deberian acompañarle hasta Pamplona. Uno de sus guías era tuerto, de bastante edad y se llamaba Geromo; el otro era joven y de genio taciturno y sombrío.

Tales fueron las pocas noticias que á pesar de indagar cuanto estubo en mi mano, pude adquirir. ¿No es verdad que eran pocas?

—Sí, muy pocas, murmuró el marqués sin poder disimular la esperanza que las últimas revelaciones de su enemigo le hacían vislumbrar.

—Pero no hay nada que el tiempo no lo descubra; óyeme, que quiero continuar. Así como así, el plazo que me impusistes ha pasado y hoy no podrás comer con ese duque tu amigo.

—Continúa.

—Viéndome desorientado, volví á desandar mi camino llevando la muerte dentro de mi corazon. Mi frente ardía, sin embargo de que mil y mil copos de nieve que no cesaban de caer venían á derretirse sobre ella. Estábamos ya cerca del puesto en donde habíamos encontrado al famoso ginete; mi criado y yo nos habíamos perdido dejando á cierta distancia el camino real. La ventisca que empezó á soplar nos abrumaba; no sabíamos que hacer; yo me sentía con fiebre y mi criado estaba aburrido. Entonces vimos una casa de pobre apariencia y tratamos de pedir un instante de hospitalidad. Nos acercamos, y en aquel momento vimos á un hombre de trage y apariencia rústica que se hallaba de pié en el umbral de la puerta.

Pero la puerta estaba cerrada, y el hombre, que debia ser leñador de aquellos bosques, nos dijo que los habitantes de aquella casa estaban ausentes. El tío Geromo, añadió, debe estar ahora en Francia con su amigo Roman.

¡El tío Geromo! ¡Francia...! ¡Oh! aquellas palabras podían encerrar una historia completa de horribles iniquidades. ¡El tío Geromo! ¡Francia! ¡Roman...! ¿Pero quién era? ¿quién podría ser ese Roman?

### XIII.

#### Las pesquisas.

Segun podrán suponer mis benévolos lectores, yo escuchaba con el mayor interés la negra historia que el ciego nos iba refiriendo.

Entre tanto, á medida que avanzaba en su narracion, me parecia ver reproducirse sobre las ruinas de la casa maldita aun los mas insignificantes pormenores de aquella historia.

Veamos, pues, de qué manera continuó el ciego, que al cabo de otro ligero descanso, se esplicó en estos términos.

«El marqués estaba anonadado al oír las últimas preguntas del joven.

Y éste le decia con una especie de complacencia feróz:

—¡Oh! ya veremos, ya veremos quién era Roman. Sígueme prestando atencion y verás como hay una Providencia infinita que hace descubrir las huellas de los crímenes. Yo habia quedado aterrado al recibir aquel primer rayo de luz, y mi criado no lo estaba menos; pero el hombre debia estar muy distraído puesto que no advirtió ni nuestra sorpresa ni nuestro anonadamiento, y tan luego como cesó la ventisca se despidió y se alejó de nosotros.

Desde aquel dia fijamos nuestra residencia en el pueblo mas inmediato y comenzamos con

mas calor que nunca, á reproducir nuestras indagaciones. Desgraciadamente fue poco, muy poco lo que por entonces pudimos averiguar. El tío Geromo y su amigo Roman vivían juntos en aquella casa hacia mas de un año, sin que nadie supiese de dónde eran ni cómo ni por qué causa se habian conecido. Desde que estuvieron juntos habian hecho frecuentes escursiones al vecino reino, advirtiéndose que la cabaña sufría notables innovaciones y que ambos vivían con mas holgura y comodidad. Esto es todo lo que pude saber y en verdad que me parecia muy poco. En semejante estado de ansiedad propuse á mi criado que asaltásemos al abrigo del misterio y de las tinieblas de la noche, aquella casa que me infundía las mas negras sospechas. Mi fiel compañero accedió á mis reiteradas instancias, y el dia en que habíamos convenido ejecutar nuestro acuerdo me presentó una llave que habia mandado hacer, tomando antes en un poco de cera el molde de la cerradura. Llegó la noche y nos pusimos en marcha, bien armados y resueltos á todo; pero á medida que nos íbamos acercando mi valor y decision se amenguaban como si fuese á cometer un crimen inaudito. —¡Valor! me dijo mi acompañante, y ambos penetramos en la casa pudiendo yo escuchar los latidos de mi corazon, que temblaba con espanto dentro de mi pecho. La casa estaba silenciosa y desierta, siéndonos fácil escudriñar todos sus rincones á la luz de las linternas que llevábamos. Luego... luego... ¿para qué prolongar el martirio que sufro al recordar lo que vi? ¡Oh! escúchame; en un lecho que habia dentro de una pequeña alcoba y en el pavimento de toda la casa descubrimos rastros de sangre. No habia duda de que allí se habia ejecutado algun asesinato, y al pensar yo en que aquella sangre podia ser de mi padre, así desmayado. Mi fiel compañero dió un grito y me sacó fuera de la cabaña para que el puro ambiente que soplabá me refrescase y me diese la vida.

Desde entonces comencé á luchar con un mundo de pensamientos diversos. Deseaba dar parte á la justicia y sin embargo me abstenia de hacerlo porque me parecia ineficaz semejante recurso. Dos bandidos que se habian posesionado de un caudal inmenso podían torcer acaso la pureza de sus jueces y quedar completamente impunes. Por otra parte, yo no tenia pruebas para hacer constar que mi padre habia sido víctima de un asesinato. Finalmente, hallándome en aquella situacion, me asaltó la esperanza de todos los desgraciados; es decir, una esperanza loca, estúpida, injustificable, pero que al fin me ofrecía un consuelo. ¿Estaria mi padre en Madrid? ¿habría retrocedido, volviendo á internarse en Francia...? ¿se habria embarcado nuevamente para las Américas?

¡Delirios insensatos! ¡vanas quimeras! yo volví á la corte, viajé y escribí cien y cien cartas. Y entre tanto transcurría el tiempo, habia pasado un año y mi soledad se hacia perpétua. Entonces me propuse consagrar mi vida entera, todos los recursos de mi firme voluntad, á la indagacion y á los trabajos de zapa. Entonces me alegré de no haber dado parte á las autoridades; queria ser espía, juez y verdugo; queria gozarme á mi gusto en una venganza, sombría como mi dolor, eterna como el odio que me inspiraban los asesinos.

—¿No has acabado aun?

—Me queda poco que decir; pero este poco te interesa muchísimo. Al año justo de haber hecho aquellas tristes indagaciones, volví á los parages solitarios donde se levantaba la mansion de aquellos infames. ¡Cuál seria mi asombro al ver que los accidentes del terreno habian variado y que aquel casuco informe y raquítico se habia convertido en un precioso edificio de dos cuerpos, de severa y elegante apariencia! Te confieso que sentí horror y alegría, porque indudablemente comenzábamos á dar con la pista de los asesinos de mi padre.



Segun me dijeron, hacia tres ó cuatro meses que un señor muy grave habia comprado todos los terrenos inmediatos y dirigido la obra de aquella maldita casa, en la cual, á no dudarlo, se habia vertido la sangre de mi padre. Pregunté el nombre del que habia hecho las últimas innovaciones y nadie supo darme razon. Lo único que pude sacar en claro es que aquel hombre residia en Francia.

Se me olvidaba decirte que yo habia mudado de nombre. Para adoptar esta resolucion guiábame la sola y esclusiva idea de no espantar y levantar la caza ¡entiendes! Yo queria no despertar las sospechas de los que buscaba incesantemente, y por eso en vez de llevar los ilustres apellidos de mis progenitores, me llamaba Luis Henares á secas. Con este nombre y este apellido pasé á Francia en busca del miserable que sin duda debia ocupar una brillante posicion, comprada con los papeles y con los millones que me pertenecian.

Durante cuatro años he vivido en París y en las principales ciudades de aquella nacion, cuyos departamentos he recorrido uno por uno; durante cuatro años me he visto precisado á soportar muchas y grandes privaciones porque mi peculio estaba de todo punto agotado. Pero á pesar de todo, he podido penetrar hasta los altos círculos. Buscaba un indicio, anhelaba escuchar una palabra que me revelase la existencia de mi enemigo. Suponíale yo con suficiente osadía para tomar el nombre de mi padre, y en verdad que no me engañaba; pero á pesar de eso el miedo le habia contenido y nunca oí hablar en Francia; que era precisamente el principal indicio que iba buscando.

Volvíame ya desalentado y abatido, cuando en una fonda de Bayona me encontré con un viajero español que el dia inmediato pensaba salvar la frontera. Simpatizamos bastante y nos propusimos volver juntos á nuestro pais. —¿Dónde va V.? me dijo. —A Madrid. —Yo tambien, me contestó; pero antes tengo que detenerme algunas horas en mi pueblo. Si quiere V. acompañarme, luego iremos juntos hasta la corte. —¿Se halla muy distante su pueblo de V.? —Pocas leguas; deseo ver á mi padre y esta es la causa de mi detencion. —Pues bien, iremos juntos. —Mi nuevo amigo me apretó la mano y al llegar á Elizondo dejamos nuestro carruaje, tomamos cada uno un caballo de alquiler y seguidos de mi criado y de un mozo que conocia todos aquellos valles y montañas, nos encaminamos al pueblo de mi compañero, donde nos detuvimos un dia.

Era el amanecer del siguiente cuando salíamos con direccion á Pamplona. En la última calle del pueblo un pobre viejo flaco y con las lágrimas en los ojos nos detuvo y nos pidió una limosna por el amor de Dios. —¡Pobre Pedro Antonio! exclamó mi compañero alargando una bolsa y queriendo que la aceptase; pero el mendigo la rechazó exclamando: —¡Nunca! ¡nunca! —Luego juntó sus manos en ademán suplicante y prorumpiendo en un mar de llanto, exclamó nuevamente: —¡Santiago, Santiago! ¡perdóname el mal que Roman te haya podido hacer! ¡perdónale y perdóname; pero no humilles mi desgracia obligándome á tomar el dinero que acabas de ofrecermelo! ¡Santiago, ten compasion de mí!

—¿Conque era Santiago?

—¡Sí, postizo marqués; usurpador de mis bienes; asesino de mi padre! Mi compañero era tu antiguo amigo Santiago, á quien heriste con alevosía y que me estuvo contando, casi sin yo pedírselo, la historia de aquel Roman, á quien yo buscaba tan asiduamente. Pero no es esto solo; aquel mendigo era tu padre que habia tenido la suficiente entereza para rechazar, despues de haberse arruinado por ti, despues de haber perdido á su esposa y á sus hijos, las riquezas que tú habias adquirido por medio del robo y del asesinato.

—¡Oh! ¿por qué no me matas de una vez? es-

clamó el infeliz Roman temblando de miedo y de rabia; ¿por qué no me matas de un pistoletazo? Hazlo así; yo te lo suplico; pero antes espíscame el misterio que encierran tus últimas palabras.

—¡Matarte! ¿Y piensas que con eso quedaria satisfecha mi venganza? No, no, yo quiero devolvarte golpe por golpe, destrozarte el alma, y privarte de todo consuelo. Te he dicho que Santiago me habló de todo cuanto te concernia. Me habló de Celsa, de tu casamiento con ella y hasta me manifestó que tenias dos hijos. Lo único que todavia no pude saber, porque tambien Santiago lo ignoraba, fue tu paradero.

Tu ambicion, ó acaso la de tu muger exclusivamente, vino al fin á colocarte entre mis manos. Tu insolencia y la impunidad que gozaste hasta entonces; la carencia de noticias que habia respecto á mi persona y la muerte de todos mis parientes, diéronte audacia para venir á la corte, donde al cabo reclamaste la herencia, los títulos y las consideraciones que merecian mis abuelos. Tomaste en público el nombre de mi padre y yo lo supe con feróz alegría, porque lo sabia todo, porque tenia entre mis manos el hilo de tu historia y me era fácil denunciarte; me era dado arrancar la máscara con que cubres tu rostro, identificar tu persona, probar tus crímenes, humillarte, escarnecerte, escupirte y gritar á la faz del mundo, entregándote al brazo de la justicia: ¡Ved á Roman, ved al miserable asesino de mi padre!

Diciendo así, el jóven se habia puesto de pié con el rostro inflamado por la cólera, con la mirada centelleante, con la actitud imponente y magestuosa, dominando á Roman, juzgándole á su antojo, haciéndole estremecer sobre su asiento, en el cual permanecia de todo punto anonadado, trémulo, indeciso y sin fuerzas ni accion para defenderse. Parecia un reo sorprendido por su juez en el mismo instante de haber cometido su crimen.

El jóven cogió su sombrero, se cubrió como si estuviese en su propia casa y acercándose al desventurado hijo de aquella virtuosa Marta, que debia verse ya en la presencia de Dios intercediendo por él, le habló en estos términos:

—Te he contado ya la série de mis infortunios, te he manifestado un poco de lo mucho que he sufrido por tu causa y solo me resta imponerte mis condiciones, dictar mi fallo y aplicarte el condigno castigo. A decir verdad, yo creia que ibas á revolverte entre mis piés como un miserable reptil; pero ni aun siquiera tienes fuerza para ello y esto atenúa mi cólera, si bien no quebranta mi odio ni aminora el desprecio que me inspiras. Ahora bien, segun he podido colegir, todos tus crímenes los ha motivado el ciego y bárbaro amor que profesas á tu muger. La espacion debe comenzar por ahí. Dentro de veinte y cuatro horas tendrás que separarte de Celsa y de tus hijos.

—¿De Celsa. ! de mis hijos...! ¡oh! eso es imposible, imposible, murmuró Roman pasando una mano por su frente y dirigiendo en torno suyo miradas inquietas y temerosas.

—Nada es imposible para mi rencor. ¿No me has separado tú para siempre de mi padre? ¿No vivió éste quince años en el ostracismo, sin embargo de que era inocente? Pues bien, tú vivirás otros quince años, solo, pobre y oscuro. Si para entonces has podido, como pudo mi padre, grangearte algunos bienes de fortuna; si has logrado entrar en el camino de la virtud y de la penitencia, entonces... ¿quién sabe? Tal vez puedas desarmar mi justa cólera y esperar un consuelo para tu vejez. Ya estás viendo que mi venganza no es tan sañuda como mereces; que el castigo que te impongo no es ni con mucho semejante al mal que me has hecho.

—¡Pero yo no te entiendo! ¡Dios mio! ¡yo no sé lo que este hombre quiere de mí!

—Estás en extremo turbado, y por eso te parecen oscuras mis palabras. Voy, pues, á espíscame con mayor claridad. Dentro de veinte y cuatro horas mis fincas, mis papeles, mis joyas, todas mis riquezas deberán volver á su legítimo dueño. Huirás de la corte, de España, de Europa y fijarás tu residencia en el mundo de Colon, en el mundo donde mi padre vivió quince años. Al cabo de un plazo idéntico tendrás mi permiso para volver á tu patria y para reunirte, si lo crees oportuno, con tu muger y con los hijos de tu muger. Firmarás un escrito que traigo preparado al efecto, y en el cual declararás todo lo sucedido hasta el presente y las razones que te obligan á apelar á la fuga. Este escrito no saldrá nunca de mi poder, á menos que tú me faltes á lo pactado. Si no me faltas, dentro de quince años te lo devolveré, y mi odio se habrá extinguido por completo, mediante la espacion que te propongo.

—Pero yo amo á Celsa mas que á mi vida, y separarme de su lado es asesinarla, ¿lo entiendes? Es peor que ponerme en las manos del verdugo.

—Reflexiónalo, Roman; dentro de veinte y cuatro horas podrás apelar á este último extremo; pero ten presente que una eternidad es demasiado larga, si se compara con un período de tres lustros; reflexiona que tu muger y tus hijos quedarán deshonrados para siempre.

Diciendo así, el jóven sacó de uno de sus bolsillos un pliego escrito, que desdobló poniéndolo sobre la mesa delante de Roman.

—Firma, firma, le dijo, presentándole una pluma; estampa tu nombre, y no provoques la cólera de Dios.

Roman vaciló todavia; probablemente se hubiera dejado matar antes que hacer lo que se le indicaba, si en aquel momento no hubiese fijado sus ojos en un tapiz que se agitó de una manera bastante perceptible. Despues apareció un instante por detrás de aquel tapiz una inteligente y hermosa cabeza que hizo un signo afirmativo. El tapiz quedó luego como estaba, y Roman cogió la pluma y firmó.

—El cielo ha tenido lástima de ti, dijo entonces el jóven guardando el papel que él habia redactado antes; si no hubieras firmado estaba decidido á levantarte la tapa de los sesos.

Y le mostró un par de pistolas que llevaba consigo.

—Ahora, volvió á decir tras de una breve pausa, te doy licencia para que tires del cordón de la campanilla. Es muy justo que te acompañe un criado hasta la puerta de la calle.

Roman hizo lo que se le decia, y habiendo aparecido un lacayo, dijo con voz insegura y apenas inteligible:

—Acompaña á este caballero.

El vizconde hizo un saludo.

—Hasta mañana, dijo, y desapareció.

Al mismo tiempo volvió á levantarse el tapiz, y una muger de soberana y espléndida hermosura, ricamente vestida, penetró en el despacho. Roman la vió acercarse y haciendo un esfuerzo con las manos unidas y los ojos llenos de lágrimas, exclamó en el colmo de su desesperacion y su agonía:

—¡Celsa! ¡Celsa! ¡perdóname, ten compasion de mí!

#### XIV.

##### Celsa y Roman.

—Levántate y siéntate, dijo ella tendiendo una mano blanca y suave que su marido besó con frenética embriaguez.

—Me amas mucho ¿no es verdad? volvió á decir dejando escapar una sonrisa casi imperceptible y encogiéndose de hombros de la misma manera que se habia sonreído.

—¡Si te amo...! exclamó Roman sollozando como un niño; me preguntas si te amo! pues qué ¿no lo estás viendo? ¿no acabas de oír lo que ese hombre ha estado diciéndome?



—Tienes razon, Roman; debistes amarme mucho cuando de tal suerte quisiste jugarte la cabeza.

—¡Perdon, Celsa, perdóname!

—¿Y qué quieres que te perdone?

—El haber unido tu suerte con la de un asesino, el haberte hecho esposa de un malvado, mientras estabas ignorante de todo.

Celsa volvió á sonreír, pero en esta ocasión lo hizo con marcado desdén.

Y sentándose al lado de Roman, le dijo:

—Escúchame: hace muy cerca de siete años que mi legítimo padre me trajo á Madrid; contra mis esperanzas resultó que no era hija de ningún potentado. Venistes luego y me dijistes que poseías un caudal inmenso. Yo era sumamente ambiciosa y acepté tu mano. Mentiría si te dijera que lo hice por amor, y mentiría igualmente si procurase hacerte creer que tu improvisada fortuna no me habia infundido vehementes sospechas. Era imposible que hubiese adquirido algunos millones, tú que eres un pobre, sin cometer algún delito.—Mas tarde, te induje á tomar el título de marqués cuando me constaba que ese título no te pertenecía. Nada, pues, tenemos que reprocharnos. Si algo extraño es todo esto, es la cobardía, el aplastamiento que ha producido en ti la presencia de ese hombre.

—No ha sido él, Celsa, no ha sido él, ha sido el grito espantoso de mi conciencia y el negro pavor que me infundían mis remordimientos. La voz de ese hombre tiene el mismo timbre que tenía la de su padre. Cuando me hablaba me parecía que estaba escuchando á mi víctima.

Celsa y Roman permanecieron meditando durante un ligero intervalo de silencio, que ella fue la primera en romper.

—De todas maneras, dijo, acabas de firmar un documento que no has leído; será la confesión de tus culpas, la revelación de tu pasado, y estamos perdidos si no nos apresuramos á tomar una determinación decisiva. Dentro de veinte y cuatro horas vendrá ese hombre á pedirte lo que es suyo y á exigirte que te separes de mí.

—¡Eso.... nunca! nunca lo conseguirá.

—Dejémonos de vanas palabras y de inútiles resistencias, y obremos con prontitud. Todavía podemos asegurar una pequeña fortuna, reunir el dinero y las joyas que sea posible llevar. Esta misma noche partiré á Francia con mis hijos, y mañana cuando hayas tú reducido á letras de cambio los valores que yo no pueda conducir, partirás también en mi busca. Te esperaré en París, desde donde nos dirigiremos á Inglaterra para embarcarnos en el primer buque que salga para los Estados-Unidos. De este modo nos sustraeremos á la cólera y á la venganza de ese hombre.

—Y no logrará separarnos, ¿no es cierto?

Celsa contestó afirmativamente, y Roman, ébrio de alegría, se levantó y la estrechó entre sus brazos.

—Gracias, dijo, gracias; no sabes el bien que me haces.

Algunas horas después Celsa y sus dos hijos, de los cuales el mayor solo contaba cinco años, tenían ya puestos sus trages de camino. Una silla de posta cargada de cofres y maletas, estaba esperando en un punto lejano. Lo habían acordado así para de este modo no despertar las sospechas de nadie.

Antes de abandonar su casa y mientras Roman iba y venia y lo preparaba todo, Celsa se encerró en su cuarto, cogió papel y pluma y escribió un billete concebido en estos términos.

«Santiago: soy muy desgraciada, pero soy rica. En este momento salgo en posta con dirección á Francia. Me detendré en nuestra casa de recreo del valle de Baztan. Ya sabes cuál es; la que mi marido compró hace seis años y mandó construir sobre las ruinas de otra que demolí. Sigueme sin perder un mo-

mento. Si tardas una hora tendré acaso que perderte. Acuérdate de nuestro amor y guárdame el tuyo como yo te guardo el mío.

Cerrado este billete que lacró y selló, hizo sonar las metálicas vibraciones de un timbre y acto continuo apareció una muger que podría contar como unos cincuenta años:

—Pronto, Brígida; dijo Celsa entregándole el billete; corre, vuela, lleva esto á donde va dirigido.

Diez minutos después de haber salido la portadora de aquel mensaje, Roman daba un abrazo de despedida á su muger y á sus hijos, que subiendo en la silla de posta partieron inmediatamente.

Roman volvió á su casa y continuó sus preparativos de marcha. Faltaban todavía cuatro horas para que espirase el plazo que le marcara el vizconde, y todo estaba dispuesto. Su cartera encerraba un caudal que habia girado contra algunas casas de comercio de Londres.

Todo le habia salido perfectamente y su anhelo de ir á reunirse con Celsa tendria muy pronto la mas cumplida y dichosa realización.

De pronto, un criado penetró en su despacho y le entregó un pliego cerrado.

Roman palideció y dijo antes de abrir el pliego:

—¿Quién te ha entregado esto?

—Lo ignoro; lo único que puedo manifestar á V. E. es que al entregármelo me ha dicho el desconocido que lo traía:—«Es muy urgente, ponlo al instante en manos de tu amo.»

—Está bien, murmuró Roman; déjame á solas.

Tan pronto como el criado se retiró abrió el pliego y leyó lo que sigue:

«Eres un imbécil; en tu insensato delirio has creído que podías burlarte de mí y eludir el blando castigo que te imponía. Deseaba ser misericordioso contigo y me obligas no obstante á descargar sobre tu corazón y sobre tu cabeza el rudo golpe de una desgracia mil veces mayor de lo que pudieras imaginarte. Insensato ¿no es cierto que amas á tu muger con verdadera locura? Pues bien, si la amas vuela en pos de ella y serás testigo de tu oprobio y de su deshonra. Allí, en la casa maldita, donde mi padre fue asesinado por tí, podrás encontrar á tu muger en compañía de Santiago. Espero que vayas y que allí nos veamos por última vez, Dios es justo.»

Roman estrujó aquel escrito, que estaba firmado por el marqués y se puso inmediatamente en camino. Hubiera deseado robar sus alas al tiempo para llegar cuanto antes al punto donde se dirigía.

## XV.

### La sorpresa.

Por fin, dijo el ciego, estamos tocando los últimos eslabones de esta larga cadena de infortunios. La hora de la espaciación habia sonado para Roman. Según el marqués habia dicho, Dios es justo, no podia permitir que se dejase de lavar con un torrente de lágrimas, cada una de las gotas de sangre que el inocente y justo habia vertido de sus venas á impulso del puñal homicida. El castigo debia ser terrible y en verdad que no dejó de serlo.

Era una noche que infundia espanto y consternación en el alma; una noche que vosotros no os podeis figurar ni yo sabria describiros. Los géneos maléficos de la tempestad debían haberse escapado de sus cárceles y cabalgaban sobre negras y densas nubes dejando ver sus anchas cabelleras de fuego que se corrían á veces por toda la vasta extensión del firmamento. El aquilón mezclaba sus feroces mugidos con el desacordado estrépito de los truenos, y las aguas impetuosas bajaban desde las crestas de los montes arrancando de cuajo peñas y árboles. ¡Oh! los vecinos de estas comarcas no habian visto jamás un es-

pectáculo tan imponente. Parecía que el mundo estaba amagado del último cataclismo.

Y á pesar de eso dos hombres, cada cual por distinta senda, iban caminando siempre hacia un mismo punto, y procuraban salvar todas las dificultades, guiados tal vez por una misma idea: por la idea de llevar á cabo una sangrienta venganza.

Escuso deciros que uno de ellos se llamaba Roman. El nombre del otro lo habreis adivinado fácilmente.

El primero llegó junto á una puerta que habia entonces á espaldas de esta casa convertida hoy en un montón de ruinas. Sacó una llave y penetró resueltamente dentro del edificio después de dejar entornada la puerta. El otro se acercó poco después y viendo que podia entrar lo hizo así llevando una pistola en cada mano.

Roman, que conocia bien todos los rincones de la casa subió por una estrecha escalera en forma de espiral que le condujo á unos corredores, los cuales estaban débilmente iluminados por una pequeña lámpara pendiente del techo. En medio de su camino se encontró con una criada y cogiéndola de un brazo le dijo con acento amenazador.

—Si me descubres, si dices que estoy aquí, si pronuncias una sola palabra, en seguida te envío á la eternidad.

Diciendo así, penetró en un cuarto, cruzó dos ó tres habitaciones que estaban enteramente á oscuras, y atenuando cuanto le era posible el ruido de sus pisadas, se halló al fin junto á una pequeña puerta de cristales cubiertos con unos visillos de muselina, desde donde podia ver sin ser visto, y oír sin ser sentido, cuanto pudiese acontecer en la habitación contigua.

Era ésta una salita de regulares dimensiones adornada con elegante sencillez. Al frente habia dos balcones cuyas hojas de madera estaban entornadas, viéndose penetrar á menudo por sus junturas la cárdena luz de los relámpagos. En el testero de la derecha se veía una pequeña chimenea donde chisporroteaban unos cuantos maderos medio encendidos. A la derecha se descubría el ingreso de una espaciosa alcoba. Finalmente; al lado de la puerta, tras de la cual habíase ocultado Roman, se hallaba otra que era la que se comunicaba con las principales habitaciones del edificio.

Pero nada de esto llamó la atención del hijo de Marta. Lo único en que desde luego se fijaron sus miradas inquisidoras, fue en un interesante grupo que formaban dos mugeres y dos inocentes niños, los cuales se hallaban muy cerca de la chimenea.

Una de aquellas mugeres era Celsa que sentada en un sillón tenia delante á sus hijos. La otra era la misma criada que Roman encontró á su paso al atravesar los corredores. Ambas parecían preocupadas é inquietas.

Los dos niños, bellos y candorosos como dos ángeles, estaban medio desnudos, y sus delicados pies parecían pequeñas de nieve destacándose descalzos sobre la alfombra. Los pobrecitos tenían miedo al oír los prolongados y bramadores ecos de la tormenta y juntaban sus manos en ademán suplicante.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.